

CARTA A LOS FIELES CRISTIANOS DE LA DIOCESIS DE VILLARRICA DEL ESPIRITU SANTO

Muy queridos fieles cristianos:

Con pena en el alma les dirijo estas breves líneas. Nos encontramos antes hechos lamentables que hieren profundamente el sentimiento religioso de nuestro pueblo. Pública y prepotentemente *se ha pisoteado lo sagrado* de nuestra Iglesia y, una vez más, la dignidad de la persona humana: sacerdotes, hermanas religiosas, seminaristas, estudiantes, templos, clausuras de casas de religiosos han sido atropellados, garroteados y profanados recientemente en Asunción. Todo ello ante nuestros propios ojos, realizado por personas que se dicen cristianas, hermanos contra hermanos, en un país de mayoría católica.

1. ¿Quiénes son los autores? "Por sus frutos los conoceréis", dijo Jesucristo, refiriéndose a los falsos maestros, a los falsos dirigentes. Ahí están los frutos a la luz del sol en toda su cruda realidad: la persecución desatada contra la Iglesia. La mentira y la hipocresía, largo tiempo disfrazadas, se desenmascararon. Un pequeño "grupo anti-iglesia" mostró sus uñas, sus garras, sus zarpazos. Con razón el Sr. Arzobispo de Asunción castigó con la máxima pena eclesiástica, la excomunión, "a las autoridades que ordenaron los agravios físicos inferidos a los sacerdotes y religiosas, y a los que ejecutaron esas órdenes".

Estoy seguro que todos Uds., siquiera en el fondo de su conciencia, como miembros de la Iglesia —sea cual fuere el partido político a que pertenecen— repudian, rechazan y condenan los principios y los procedimientos adoptados por quienes se atrevieron a levantar sus pensamientos perversos y sus manos sacrílegas contra su propia Madre, la Iglesia de Cristo.

2. Jesús, el Señor, ya lo tenía previsto: “Así como a mí me persiguieron, os perseguirán a vosotros a causa de mi nombre: el discípulo no es mayor que el maestro. Nuestra Iglesia, renovada por el Concilio Ecuménico Vaticano Segundo en la fuente pura del Evangelio de Cristo, se siente solidaria de las angustias y esperanzas, de las alegrías y las tristezas de los hombres de hoy, especialmente, de los pobres y de los que sufren. En sus manos lleva la verdad, el amor y la justicia. Con voz, libre de ataduras de este mundo, habla a todos y defiende los derechos inalienables de la persona humana. Se compromete con su acción liberadora con todo el hombre y con todos los hombres: el hombre paraguayo, el campesino, el obrero, el estudiante, el enfermo, el encarcelado... el gran pueblo marginado, mudo, sin voz, aterrorizado... Por lo mismo, si quiere ser fiel consigo misma y con su misión, la Iglesia sufre y sufrirá persecuciones de las fuerzas del mal no sólo de los extraños, sino también de sus hijos descarriados.

3. Hermanos, nuestra confianza está puesta únicamente en el Señor. Nuestras armas son las del espíritu y no de los cuchillos y fusiles. Nuestra ley es: “amáos los unos a los otros”, y nuestro lema: la paz realizada en la justicia y el amor. Nuestra lucha se ordena a que se haga la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo. Nuestra política es la realización plena del Padre Nuestro entre nosotros. En esta hora de prueba para todos los cristianos, en particular para los auténticos católicos, pongan todos especial cuidado en fortalecer y mantener la unidad con los sacerdotes y dirigentes religiosos, porque se pretende separarlos a Uds. de ellos, para debilitar y reducir al silencio y a la impotencia a la Iglesia. “No tengan miedo a los que puedan matar el cuerpo, pero no pueden matar el alma”, dijo el Señor.

Conserven con valentía el precioso patrimonio de nuestra religión. "Los cielos y la tierra pasarán, pero no pasará, no dejará de cumplirse la Palabra de Dios". Esta es la espada del espíritu, en conciencia buena y recta, a la que no pueden vencer todas las fuerzas del mal.

En esta hora que resplandezca como hermoso testimonio el amor de sacrificio del cristiano: perdonar a los que nos ofenden, devolverles bien por mal, no injuria por injuria, violencia por violencia. Somos hijos de Dios, realizadores de la paz, con firmeza inquebrantable en la verdad, el amor y la justicia. Son días de oración familiar y comunitaria; son días de penitencia por nuestros propios pecados y los de nuestro pueblo.

Que Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo les bendiga.

La paz del Señor sea siempre con Uds.

Villarrica, 28 de octubre de 1969

FELIPE SANTIAGO BENITEZ
Obispo de Villarrica
del Espíritu Santo